



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12535

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

JUEVES 20 DE AGOSTO DE 1903

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## La Caja de Ahorros

Poco á poco se va lejos, dice el refrán, y poco á poco ha ido cayendo en la Caja de Ahorros del Banco un chorro de dinero que suma ya un millón de pesetas y una fracción importante de otro. Erámos optimistas en lo referente á dicha institución. En nuestra colección hay registrados numerosos artículos y sueltos entusiastas, instando en unos á las autoridades y aconsejando en otros á los centros de votía para decidirlos á fundarla; pero francamente, los resultados de la Caja de Ahorros del Banco superan á nuestras esperanzas y optimismos, haciéndonos creer que esa gran masa de dinero guardado y cuyos propietarios se cuentan por millares, se acrecentará.

Lo difícil era acumular á la gente á llevar su dinero á la Caja; pero una vez hecha la cosa, ya no se necesita de consejos; quien tiene un billete y desea salvarlo de gastos caprichosos, ya conoce de sobra dónde debe guardarlo: en la Caja de Ahorros. Allí está más seguro que en el propio bolsillo, pues mientras en éste estaría siempre á disposición de su dueño, la Caja ofrece cortapisas á la voluntad del imponente, pues entre el momento de sentir el deseo de sacarlo y el en que puede verificarse la extracción, hay un paréntesis durante el cual puede apreciar el interés de lo que más le conviene.

El que guarde el dinero al alcance de su mano, no está exento de gastarlo en lo superfluo. Si es rico no hay en ello lesión; los ricos pue-

den permitirse ese lujo. Además no se ha hecho para ellos la Caja de Ahorros.

Pero si es pobre y junta el dinero peseta á peseta, pensando en que de pronto tendrá que hacer frente á una enfermedad ó á los estragos de una cesantía, no está bien el dinero en su poder. Los estímulos de una corrida de toros, el capricho de hacer un viaje con billete económico, el mismo dinero que estimula á gastarlo, porque cincuenta duros parecen cien guardados y cuando se gastan parecen veinticinco, darían pronto al traste con la voluntad de conservar, á menos de tratarse de uno de esos seres martires del deseo para los que no hay superior encanto que apilar monedas.

Dice el refrán que cuando pasan rábanos se compran. Pero si en ese momento no tenemos la llave los dejamos pasar. Y si después de todo no eran necesarios, habría que alegrarse de no haber podido para realizar la compra.

Esa es una ventaja de la Caja de Ahorros, la mayor tal vez.

La institución no puede ser más buena. Guarda el dinero que le dan y lo devuelve acrecentado, no en el momento de pedirlo sino después de algunos días.

Ese después es una barrera levantada contra la tentación y el compromiso momentáneo.

Si esa barrera la Caja de Ahorros perdiera la mitad de su eficacia con ella se defiende lo ahorrado y en poco tiempo se ha podido reunir un millón de pesetas y un octavo de otro, que devengan un interés anual de treinta y tres mil y pico de pesetas.

Este resultado estaba previsto.

Nos lo decía la fe que tenemos en la institución.

## TIJERETAZOS

Hablando de la ley de Lince, tan aplicada de hecho en los Estados Unidos, dice un periódico:

«En lo que llevamos de año van ya linchados cuarenta y cinco súbditos yanquis. El procedimiento preferido es la hoguera y los espectadores pueden contarse por miles.»

¡Qué barbaridad!  
En ningún pueblo europeo... Teñe lengua y no hagas comparaciones, que aquí va la gente en romería á ver dar garrote. En todas partes euecen habas.

Las noticias que lenta y continuamente se reciben de Macedonia ponen desconsuelo en el ánimo y reducen el corazón al tamaño de una lenteja.

¡Dami poseen los polos de punta.

Hablando de esos sucesos dice un colega del Norte:

«En Monastir, los acontecimientos suben la pendiente de la gravedad, desearios de llegar á la cima para precipitarse en el caos libre.»

¡Más arriba aún?  
¡Pero es que puede la pasión pintar cuando más siniestro que el que dibujan actualmente con la tea y el puñal los macedonios y los turcos?

Tienes volados, calla voladas, edificios lanzados patas arriba, fusilamientos en montón, acosos de la multitud degustando entrañas, atraveando vidas....

¡Las potencias!

¡Qué les importa á esas señoras lo que pasa en Monastir!

¡Que los turcos se moriendan centenares de cristianos!

Vaya por cuando pasa al revés.

Porque eso de la Macedonia es una lucha de fieras y en el campo del combate no van á quedar ni los rabos.

La Asociación general de automóviles de Francia está estudiando el modo de facilitar la circulación por los caminos.

¡Si eso es el huevo de Colón!  
Prohibase terminantemente que los usen peatones, carros y recuas y ya está saliendo el peligro.

Además hay que dejar paso al progreso, es decir al arte de romperse el alma en un santiamén.

## «LOS CRAWFORD»

Los «Crawford» son los personajes del día, no solamente en París, donde fantásticamente danzan y se agitan, sino en todo el orbe.

Gente adinerada, según parece, se lleva de calle á todo bicho viviente que habla de sus millones, con la misma seguridad que los hacendistas de café á quien da el mazo por arreglarlo todo, incluso las clases pasivas, que ya es arreglar.

La prensa del mundo entero habla de los «Crawford» con un aplomo encantador y cada cual se los figura como quiere, pero siempre respetables por la facilidad con que manejan los millones. Si fuera un sólo «Crawford» la insaciable curiosidad pública habría ya concluido por devorarlo, pero como son dos, y deben tener los huesos muy duros, todavía están «sin digerir».

Si en vez de un infundio monumental, se tratase de algo positivo y tangible, los «Crawford» habrían ya eclipsado á los Rothschild, á los Vanderbilt y á los más famosos apaladores de millones que existen en este y en el otro continente; y el día menos pensado nos vamos á encontrar con su retrato en los periódicos.

Tales y tan gigantescas proporciones ha alcanzado ya el infundio parisién de los millones encerrados en el celeberrimo «coffre-fort» que muchas personas de esta que están muy ocupadas y sólo pueden leer el periódico á ratos perdidos, se han armado tal confusión con los «Crawford» y los Humbert que no saben cuales de ellos son de carne y hueso y cuales de imaginación.

Entre los unos y los otros hay tanta conexión que se necesita gran dominio sobre sí mismo para no incurrir en graves confusiones y á veces parece que se les va surgir como sombras fantásticas y que adquie-

ren en voltura carnal, para convencer á los incrédulos de que son reales y efectivos.

Y sucede todavía más; que los Humbert son menos verosímiles que los «Crawford», pues nadie se explica que haya gentes tan frescas, que ensarten tal retabla de embustes para justificar lo injustificable; y en cambio, á nadie le parece extraordinario, que anden sueltos por ahí dos millonarios estrambóticos trayendo en jaque á todo el mundo con sus excentricidades.

En la imaginación parisién los «Crawford» existen, y todo el mundo habla de ellos como si los conociera y tratara, solamente que se los considera «ausentes», acaso viajando por la China ó tal vez por las Quimbambas, que están un poquito más allá.

Para los que vivimos de la parte de acá de los Pirineos, todo cuanto se relaciona con los Humbert nos interesa grandemente, porque al fin no hay que olvidar que á la policía española «cupo» el honor de echar el guante á tan excelsos pelardistas y si aquí no creemos tanto en los «Crawford» es porque abrigamos el convencimiento de que si hubieran existido, no habrían escapado al «colfato» de nuestros agentes policíacos, capaces de sacarlos de las mismísimas entrañas de la tierra, si allí se hubiesen escondido.

De cualquier modo los «Crawford» dan que hablar, entretienen el aburrimiento estival y baten, por decirlo así, el «record» de lo más infundioso, y bien merecen, aun cuando sólo sea por eso, hacer gemir las prensas, no sólo aquí, sino allá y un poquito más lejos todavía.

Abel Imart.

## CURIOSIDADES

### Neurastenia original

La hija del presidente de los Estados Unidos hallase presa de una neurastenia que requirió especial cuidado y otiose serios recursos.

La causa de tal enfermedad puede asegurarse que es el ejercicio del Poder.

En un principio agradó mucho á Miss Alicia el cumplimiento de sus deberes so-

## Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.

266 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

CESARINA DIETRICH

267

270 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Era una orden que daba irritada á su marido.  
El marqués lanzó una carejada conguisa que nos aterró.  
—Vamos,—dijo,—¿quién tengo derecho para esperar á mi suegro en el cuarto de mi mujer? Le esperaré aunque vos no queráis. Salid todos, tenemos que hablar.  
—Bertrand,—murmuró Cesarina,—conducid al señor marqués hasta su carruaje.  
Y estas palabras eran más que una orden, una suplica á su campeón.  
Avanzaba ya casi impasible, dispuesto á trasportar al marqués en brazos si era preciso, cuando Dubois se adelantó y le contuvo por el brazo.  
Entonces acercóse á su señor y le dijo:  
—El señor marqués me ha dado su palabra de volverse á casa á las nueve, y son las nueve y media.  
El marqués pareció como si despertara de un sueño; contempló á su criado con una especie de terror infantil, y murmuró con aire de indecisión:  
—Me enoja, me entiendo y me las pagarás.  
—Bien, en casa, en casa; venid.  
—¡Ah villano!—murmuró el marqués,—cedo por hoy, pero mañana...  
Y Dubois se llevó sin que hiciera resistencia.  
Bertrand le siguió, siempre dispuesto á auxiliarle en caso necesario.

Quedamos las dos mudas siguiendo á aquel grupo con la vista, y después que habo visto subir al marqués en su carruaje, Bertrand volvió á decirnos:  
—Ha partido.  
—Bertrand,—murmuró Cesarina,—¿si vuelve á suceder que se presente en casa el señor marqués en semejante estado de embriaguez, no lo dejéis pasar.  
—El señor marqués no está embriagado,—dijo Bertrand con su tono magistral, y haciéndome una seña para que yo se lo explicase todo, se retiró.  
—¿Qué quiere decir esto?—dijo Cesarina.  
—¿Tú crees que tu marido está embriagado? le dije.  
—Sin duda; el extravío de su mirada lo indicaba claramente. ¿Por qué nos has dejado solas? Yo te habia rogado que te estuvieras; apenas nos dejaste se arrojó á mis pies haciéndome las protestas de amor más ridículas, y cuando le recordado los compromisos contraídos, dijo que nada recordaba y por un momento ha estado grosero; brutal. ¡Oh! ¡le odio! ¡le odio! Y si crees que le pertenezco se equivoca, ¡no le perteneceré jamás!  
—¡No le odies, compadécete, tu marido no está embriagado, está loco!  
Cayó entonces sobre una silla, escondiendo el rostro entre las manos; después me hizo algunas preguntas y yo le riferi rápidamente lo que me habia dicho

la obligación incesante de emplear su inteligencia superior para contener los desvarios de un enagenado.  
El castigo era cruel, pero en vano me lo quoría presentar como una injusticia de la suerte. Se había casado con un cadáver, mitad por parecer generosa, mitad por rehabilitarse á los ojos de Pablo, y algo también por llevar un título de marquesa.  
Al día siguiente Mr. Diétrich fue muy temprano á ver á su yerno, le encontré dormido y pudo pasar largo rato hablando con Dubois y con el médico que habia pasado toda la noche observando al enfermo.  
El resultado del examen fue que el marqués no estaba ni enteramente loco ni enteramente cuerdo; tenía los órganos cerebrales sobrescitados y debilitados por la sobrescitación. Durante las horas que mediaban desde el descanso de la mañana hasta la hora del ataque por la noche, estaba en completa estado de lucidez, y ninguna consulta médica, siempre que fuera legal, le declararía incapaz de manejar sus negocios ni de vivir entre su familia. El médico dijo haber hablado con él después del acceso y le encontró bien, física y moralmente; concluyendo que aquello era una enfermedad nerviosa resultado de su herida ó de la pasión contrariada que habia tenido y tenía por su mujer. Aquí se presentaba una alternativa difícil de resolver; correspondiendo á su amor Cesarina, le curaría?